

Los poemas de Massachussets, de Alberto Infante

Este es un libro cruel y tierno, ante el cual lo primero que uno se pregunta es lo siguiente: ¿se puede construir una conciencia de la propia vida sin recuerdos? o ¿qué fundamento podríamos entonces encontrar para ella?

Así, el poeta nos habla de “el áspero lecho de cuanto no ocurrió, la cruel disyuntiva entre lo que tal vez y lo que en modo alguno”. Con lo que indudablemente se refiere a la añoranza perenne de lo que debió ocurrir, pero no ocurrió. Lo cual es, a su vez, un síntoma de la necesidad de recordar algo que nos permita identificarnos frente a nosotros mismos, todo lo cual se ve confirmado por el poema titulado “París”, en el que se nos dice: “En el verano del 69...no éramos del todo felices. Después he vuelto muchas veces y tampoco lo he sido, **pero ninguna infelicidad ha podido comparársele.**” ¿Qué es eso que, aún no siendo totalmente satisfactorio, da sentido a nuestra vida? Indudablemente, los granos de oro de la vida soñada que permanecen, mezclados con el barro de la vida real.

Así también en el poema titulado “Agoniza mi padre”: “En sus pómulos hundidos mis juegos de infancia, algunos buenos momentos...” ¿Qué son esos buenos momentos sino el paraíso perdido que todos llevamos dentro, pero cuya pérdida se asume con naturalidad, haciéndole a uno pensar en Heidegger (“El hombre está hecho para la muerte”)?

Por ello, más adelante y con referencia a una visita posterior al hospital, se aclara la postura del poeta: “**No es la muerte, sino esta decadencia**, mientras otro como él... tampoco acaba de morir al lado”.

Esta añoranza del paraíso perdido se ve acompañada por un nihilismo productor de absurdo, de tal forma que en el poema “No hay Godot en Beckett” un vagabundo apuñala al autor y, ante la pregunta de este último acerca de sus razones para ello, responde “yo que sé”. El vagabundo no explica las razones de que algo suceda e igualmente el poeta no puede esperar que nada ni nadie le explique las razones de lo que a él le ocurre.

Por consiguiente, el recuerdo, aún penosamente, cumple una función de reconstrucción del universo del autor y así, en otro poema se nos dice: “De un modo u otro, de una copia a otra, **el camino interior**, (pues) o no hay vida o está falsificada”. Decía San Agustín que donde está tu tesoro está tu corazón y tu tesoro ¿no está en el recuerdo de ese algo que debió ocurrir, aunque no ocurrió u ocurrió sólo en el interior del poeta?

Esta interiorización continúa manifestándose en el libro, donde más adelante su autor escribe: “Mi madre está lejos ¿cómo decirle que durante años dejé lo de matarme hasta el siguiente día? **No expliques**. La palabra es un plano inclinado”. La historia de cada uno sólo es asumible por uno mismo. No hay escape a esta radical responsabilidad, que no es transferible, aunque tal vez más vale así: es la forma de dar sentido a la vida.

Por todo ello el poeta exclama: “Saldrás de ésta. No dudes de que lo harás”. Finalmente, la vida se impone, siempre que no haya que explicarla: “Llamadme como queráis, yo sé bien lo que he hecho. Mañana puede que lo olvide, pero hoy lo sé bien”. **“Al final es eso: agarrarse a algo... y sentir que otro junio, otro verano, otro duro banco sobre la avenida”**.

Al leer estas líneas, uno se imagina a sí mismo en ese banco. Sopla un viento leve y muy arriba las garzas dibujan una flecha, que se estira y se encoge en el azul inmenso. Nos preguntamos dónde irán, pero no lo sabemos. No sabemos si la flecha va o viene, pero es igual: lo que va vuelve, lo que vuelve se irá. Lo que importa es el movimiento grácil de las alas y, en la lejanía, el horizonte inmutable.

Por otra parte, el gesto de abrir los brazos es el mismo del vuelo y del sacrificio. De ambas cosas hay en esta obra y por ello puede ser considerada una eficaz expresión del desafío del hombre a su destino, en el que tan unidos van el dolor y la felicidad y tan parecidas resultan la sonrisa y la mueca.

Decíamos al principio que éste es un libro cruel y tierno y ahora podemos ratificarlo: cruel, porque se nos habla de un camino que no se sabe a dónde nos lleva - el viaje al infinito - tierno porque al andar lo hacemos y es, de alguna misteriosa forma, lo que en nosotros permanece y por tanto lo que a la postre somos.

José Elgarresta

Madrid, 2 de marzo de 2011

